

15 de agosto, 2019

Furia digna

Una piedra atraviesa una puerta de cristal que se rompe en mil pedazos. Fragmentos diminutos de vidrio azulado caen al suelo al ritmo de tambores y gritos de euforia. La dueña de una de las voces que forman parte del tumulto entra corriendo y con una lata de aerosol escribe algo en el inmueble que acaba de irrumpir por la fuerza. En el video sus palabras son ilegibles, pero estoy segura de que ese texto es mucho más importante que todo lo que yo haya escrito antes y escribiré jamás... ¿alguna vez han escrito algo en un intento desesperado de salvar su vida y la de las hijas que aun no tienen?

Tenemos el derecho a escupir esta rabia que ahoga. Tenemos el derecho de hacer de la ciudad un nuevo museo vivo, donde lo roto y lo pintado sea el relato de esta furia digna y corrosiva que nubla los sentidos y desborda los afectos. Tenemos el derecho a encarnar el odio que nos siembran desde niñas y que nos cultivan con saña al reducir nuestra existencia a decorativos y desechables objetos de consumo. Tenemos el derecho de habitar nuestros territorios como se habita una página en blanco, y tenemos la obligación de escribir una historia donde no volvamos a ser nunca más diminutas notas al pie, daños colaterales y cifras que no sangran. Parece que todo esto lo han olvidado... ¿dónde estaban?, ¿cómo pueden desentenderse de la ancestral narrativa que nos envuelve y jurar que ustedes no han jugado? Todos hemos jugado, acá nadie está de banca: háganse cargo.

Las hijas que aún no tengo tienen nombres que yo me inventé, tienen mis ojos cansados y las cejas de su abuela; tienen mis piernas fuertes y el cabello enredado en un montón de planes maravillosos que no sueltan hasta haberlos cumplido. Las hijas que aún no tengo son monarcas de sus cuerpos y sus palabras, y caminan por la calle con tanta fuerza que sus pies se escuchan del otro lado del mundo. Las hijas que aún no tengo, no van a temer como temí yo.

Ellas ya no sabrán distinguir del todo entre ellas mismas y su compañera de al lado, sentirán cómo sus manos no son más que una extensión de las manos de la otra. Nuestras hijas serán de sensibilidad líquida, pieles permeables y oídos atentos; ya verán. Quizá ellas, después de todo, en su invencible ternura, sepan perdonar. Quizá ellas, algún día, me convenzan a mí de perdonar. Quisiera que mis hijas heredaran mis ojos, pero mi odio no. Qué inmensas ganas de cortar la historia de tajo y volver a empezar de cero, cuando la diplomacia aún parecía una opción factible.

Mientras el futuro y la paz nos alcanzan, yo no les perdono absolutamente nada. Por mí que las calles tiemblen y se incendien, que el fuego limpie lo que tenga que limpiar. Estoy profundamente cansada de esperar por el día en que quienes nos dañaron tengan tanto miedo de nosotras como nosotras tuvimos de ellos: por mí, que se les desbaraten las piernas de tanto correr. Mientras la reconciliación nos alcanza, abrazo a todes les que duelen conmigo. Les abrazo y me ofrezco a cargar su odio para que puedan descansar un rato. Prometo cuidarles la espalda y la esperanza y el mañana.

Una puerta de cristal se desintegra en el aire con un alarido de júbilo y en algún lugar de este podrido país nace una niña con un nombre nuevo. Su primer llanto y el mío y el de la puerta de cristal viajan juntos y vivirán para siempre; las palabras ilegibles en el vestíbulo de la Procuraduría General de Justicia serán su imborrable acta de nacimiento. Acá te cuidamos, nena. Aquí estamos.